

QUE LAS MONTAÑAS SEAN MI TUMBA

Let the mountains be my grave

Copyright © 2022 by Francesca Tacchi

Primera edición, febrero 2024

© Arte y diseño de la cubierta de Joey Hi-Fi

© Traducción de Arrate Hidalgo

© Traducción de las citas de Raul Ciannella

Corrección y maquetación de Pilar Caballero

© Edición de Crononauta

www.crononauta.es

info@crononauta.es

ISBN: 978-84-126617-6-7

Depósito Legal: SE 94-2024

Impreso en Safekat (Madrid) / Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com).

FRANCESCA TACCHI

**QUE LAS
MONTAÑAS
SEAN
MI TUMBA**

Traducción de
Arrate Hidalgo

Corrección de
Pilar Caballero

 **Crononauta**

A les Landing Pigeons,
por el día que todes alcemos el vuelo.

«Se voi volete andare in pellegrinaggio nel luogo dove è nata la nostra costituzione, andate nelle montagne dove caddero i partigiani, nelle carceri dove furono imprigionati, nei campi dove furono impiccati. Dovunque è morto un italiano per riscattare la libertà e la dignità, andate lì, o giovani, col pensiero, perché lì è nata la nostra costituzione¹».

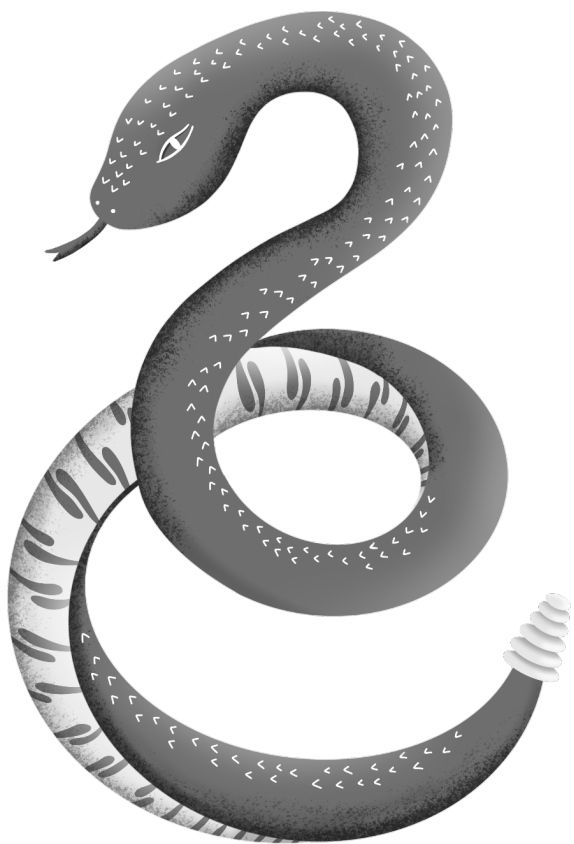
—Piero Calamandrei

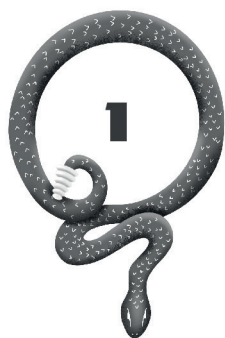
«Sta rottura de' coglioni dei fascisti²».

—Señor Ivano

1. «Si queréis peregrinar al lugar donde nació nuestra Constitución, id a las montañas donde cayeron los partisanos, a las cárceles donde fueron recluidos, a los campos donde fueron ahorcados. Dondequiera que haya muerto un italiano para redimir la libertad y la dignidad, id allí, oh jóvenes, con vuestro pensamiento, porque allí nació nuestra Constitución».

2. «Este puto coñazo de los fascistas».





Todo día es bueno para matar nazis, como digo siempre.

Rame está tumbado boca abajo, sobre las rocas. Tiene una brizna de hierba entre los dientes y los labios curvados en una sonrisa de entusiasmo. Un silbido grave, como el chillido de un halcón, perfora el aire.

Los ojos de Rame centellean entre la tierra que se ha restregado por la cara.

—Es la señal. Los cabrones van a aparecer por aquella esquina en cualquier momento. —Agarra su rifle y se arrastra hacia el borde del despeñadero para echar un vistazo al sendero de abajo—. ¿No te mueres de ganas?

Me aferro a mi rifle con más fuerza, ensordecido por los latidos frenéticos de mi corazón.

—La verdad es que no. —No diría que son ganas. Hambre se le acerca más.

Aunque Rame malinterpreta mis palabras y frunce los labios.

—Qué aguafiestas eres, Veleno.

Cierro los ojos e inhalo el aire cortante de los montes del Lacio. Los fascistas mataron a mi tío de una paliza. Metieron a mi padre en un tren con destino a saber dónde y nunca volvió.

—Ah, créeme —digo entre dientes—, me lo voy a pasar igual de bien reventando a tiros a esos nazis de mierda.

Rame esboza una sonrisa feroz y vuelve su atención al sendero de más abajo, una vía rocosa apenas lo bastante ancha para que pasen dos caballos juntos. Un golpeteo de piedras y una pequeña nube de polvo anuncian la llegada de la carreta de suministros nazi, y el resto de la mole no se hace esperar. Un soldado va a lomos del caballo —un garañón negro y demacrado— y otros cuatro a pie junto a la carreta, con los rifles al hombro. Más despreocupados, imposible.

—El jinete es mío.

Aprieto el gatillo antes de que Rame pueda contestar. La bala sale por la boca del cañón y se me tensan los hombros, expectantes. La cabeza del nazi

se echa bruscamente hacia atrás y la sangre brota entre sus ojos como una flor roja. El soldado más próximo a él apenas tiene tiempo de gritar antes de que la bala de Rame le corte la voz al alojarse en su garganta, que lo rocía todo de rojo a su alrededor, como una fuente.

El caballo relincha de terror y, dando una coz a la carreta, se libera de las guarniciones con tanta fuerza que el vehículo se estampa contra las rocas que flanquean el camino. La bestia se aleja al galope, aterrorizada por la sangre y los gritos de los tres soldados restantes, que con torpeza intentan apuntar con sus armas. Lentos, demasiado lentos.

—¡A comer plomo, cabrones! —grita Rame.

Sus palabras rezuman adrenalina. Cae otro nazi. Aprieto los dientes y apunto a los otros dos. Apunto y disparo, apunto y disparo. Una tras otra, mis balas se abren paso y dan de lleno en el pecho de mis enemigos. Los nazis de mierda acaban en el suelo; su sangre se mezcla con el polvo de mis montes despiadados.

Rame rueda en el suelo y, echado sobre la espalda, aúlla y da un puñetazo al cielo con la alegría de un niño.

Él se unió a los partisanos por vocación. Es comunista hasta el tuétano, sueña con revoluciones,

lo espolea un ideal. Yo me uní porque quería venganza. Lo que a mí me espolea no es la promesa de un futuro mejor, es una rabia que hace temblar los huesos. Una rabia que no deja espacio a la alegría.

Los cadáveres de allí abajo están demasiado lejos como para poder distinguirles la cara, pero les escupo de todas formas.

—Que os pudráis en el infierno —musito.

Rame ríe entre dientes.

—La religión es el opio del pueblo —cita, y se pasa una mano por el pelo cobrizo. La frente es la única parte de la cara que no tiene embadurnada de tierra. Él lo llama pintura de camuflaje—. ¿Echamos un vistazo a la carreta? Quizá haya algo que podamos llevarnos al campamento.

—Sí, ve a mirar. Yo te cubro, por si acaso.

Rame se frota las manos y se levanta de su escondite. De repente, su hombro revienta en un estallido de rojo. Cae con un grito.

La adrenalina invade mis venas como fuego líquido. Quiero correr hasta él y comprobarle la herida. Pero lo oigo gemir, y si gime es que está vivo, y si está vivo es que puede esperar un par de segundos a que mate de un tiro al desgraciado que ha osado hacerle daño.

El corazón me galopa y se me aprieta contra las costillas. No puedo respirar, no puedo ni centrar los ojos para apuntar; tengo la imagen de Rame retorciéndose de dolor junto a mí marcada a fuego en la mente.

Ignóralo, me digo. Primero matas, después le atiendes.

Pestañeo y mi vista vuelve a enfocarse. Y... ¡ahí está! Detrás de la carreta volcada, más mierda nazi. A duras penas diviso su coronilla y la boca de su rifle. El imbécil ni siquiera lleva casco.

Mi primer disparo se pasa de largo. Maldigo entre dientes. Céntrate, céntrate, no pienses en Rame sacudiéndose de dolor, no te entretengas con sus juramentos... El nazi se endereza detrás de la carreta con el rifle presto. Su bala pasa rozando la roca que está junto a mi cabeza, a unos centímetros de mi frente.

Sonrío.

—Más suerte la próxima vez.

Aprieto el gatillo. Cuando cae, el nazi embadurna de rojo las rocas a su espalda.

Pero yo no tengo tiempo para relajarme. Dejo que transcurran dos segundos, apenas lo justo para asegurarme de que no hay más soldados escondidos detrás de la carreta, y me acerco a Rame a toda

prisa. Está tendido sobre un charco de sangre; la tierra deja entrever el tono ceniciento de su cara. La bala debe haber seccionado una arteria o algo así.

—Por Marx y Lenin, ¿me estoy muriendo? —me pregunta entre dientes, respirando con dificultad.

Rebusco con torpeza en los bolsillos de mi chaqueta. Ya ha perdido muchísima sangre, estaría seco para cuando alcanzásemos el campamento. Y aun si llegásemos a tiempo, nuestra brigata no tiene el equipo médico necesario para tratar una herida tan profunda. Se está muriendo.

Lo bueno es que puedo detener a la muerte.

Al fin, mis dedos envuelven el anillo de oro que llevo en el bolsillo derecho. Es un anillo viejo; sabe Dios cuánto tiempo lleva en la familia, y está labrado con la forma de una serpiente enroscada. Sus escamas reflejan los rayos del sol al apretarlo contra la herida de Rame. Se lo hundo en la carne abierta.

Entonces, ignorando las maldiciones de mi amigo, musito el nombre que mi abuela me enseñó a invocar siempre que necesito practicar magia curativa:

—Angitia.

La piel me hormiguea como si hubiera algo deslizándose por debajo de mi chaqueta, enroscándose

alrededor de mis hombros y bajándome por los brazos, hasta llegar a las manos con las que sigo apretando la herida de Rame.

La respiración se le atasca en la garganta; sus ojos giran hacia atrás hasta dejar solo el blanco a la vista. Una ráfaga de viento se lleva el mundo de un barrido. Las rocas que nos rodean se reducen a polvo. El color del cielo pasa del azul intenso al negro más profundo. El suelo a nuestra espalda se desplaza y ya no estamos en los montes del Lacio, sino descansando sobre la blanda piel de una serpiente. Dos manos ahuecadas nos sostienen, grandes como una montaña, formadas por miles y miles de serpientes enroscadas entre sí. Dos ojos se abren en el cielo oscurecido; sus iris amarillos tienen dos rendijas verticales por pupilas.

Las serpientes sisean al unísono, y no sé cómo, pero entiendo lo que dicen.

Esstásss curado.

Y de repente la visión desaparece.

Aunque he utilizado el anillo de Angitia para curar un sinfín de heridas, cada vez es igual de perturbadora que la anterior.

Volvemos a estar en los montes bajo el cielo azul de mayo, y la sangre de Rame me mancha las manos. La herida ha desaparecido. Respiro hondo,

relajando los músculos de la espalda. La sensación de serpientes reptando sobre mí remite y me estremezco.

—Listo, Rame —digo, dándole una palmadita en el hombro recién curado.

Él abre los ojos y se incorpora sobre los codos.

—¿Y el cabrón que me ha disparado?

Eso es lo primero que dice. Le obsequio con una sonrisa despiadada.

—Muerto —respondo, y me meto el anillo de Angitia en el bolsillo.

Rame se frota el hombro y luego mueve el brazo arriba y abajo. Pega un silbido.

—Perfecto. Todavía duele que te matas, pero podría haber sido peor.

—Sí. Dos centímetros más a la izquierda y la bala te habría alcanzado en el cuello. No creo que ni Angitia hubiera podido sacarte de esa.

Y, al decirlo, me doy cuenta de que es verdad. Esos nazis de mierda han estado muy cerca de quitarme a Rame, igual que hicieron con la mitad de mi familia.

La muerte es algo con lo que casi he hecho las paces. Sé que seguramente no llegue a cumplir veintitún años. Rame y yo no vamos a envejecer juntos: nuestra vida será un estallido breve e intenso. En

eso consiste ser un partisano. Lo que cuenta es que nos llevemos a todos los nazis que podamos por delante antes de morir.

Aun así, no me gusta lo cerca que hemos estado de morir esta vez. No me gusta ni un pelo. Me inclino sobre Rame y lo abrazo con fiereza.

—Que les den a esos nazis —digo.

Rame ríe y me besa el cuello.

—Eso, que les den.